

BARALT, RAFAEL MARÍA (1819-1860)

POESÍAS DE TEMA RELIGIOSO

INDICE:

INTRODUCCIÓN A UN «ÁLBUM RELIGIOSO»

A DIOS

A DIOS

A LA SANTA CRUZ

OTRA VERSIÓN DEL MISMO

AL MISMO ASUNTO

LUZBEL EN LA REDENCIÓN

LA REDENCIÓN

ADÁN EN LA REDENCIÓN

IMITACIÓN DEL ITALIAN

LA ANUNCIACIÓN

A mi amigo don Aureliano Fernández Guerra Orbe

ODA

Al señor don Germán Hernández, con motivo del cuadro que sobre la desesperación de Judas presentó en la última Exposición

A LA MUERTE DE JUDAS

Traducción de Vincenzo Monti

A UNA SEÑORITA

Con motivo de haber entrado en religión

EL ÚLTIMO DÍA DEL MUNDO

Poemita fantástico en dos cuadros y precedido de un prólogo

INTRODUCCIÓN

(A un «álbum religioso»)

Los dioses ya no son. Asaz vivieron
del encumbrado Olimpo en las alturas,
y en grotescas figuras.
Ya del hombre remedo, ya del bruto,
como el mármol, inmóviles, recibieron
del Polo helado a las indianas zonas
sanguinoso tributo,

del miedo altares, del error coronas.

Aquí de Egipto el *Anubis* monstruoso,
que el sacerdote entre misterios vela,
del africano vil la sangre hiela
con ladrido espantoso;
o el padre Nilo, al derramar fecundo
sobre los campos su feraz tesoro,
pasmado escucha de la plebe el coro
que Dios le aclama y salvador del mundo.

Allí de Grecia el morador dichoso
y rico en vena de ficción, el cielo
pobló de vicios, la cerviz altiva
ante la estatua del placer sin velo
postró insensato, y la canción lasciva
de su labio ardoroso,
el himno fue con que su labio impuro
a una impura deidad rogó seguro.

El centelleante acero
mira de Odín en la potente mano,
cual se ceba inhumano
en la sangrienta lid, como el guerrero
tan solo premia que matando expira;
y del bardo la lira,
y del supremo *Walhalha* la gloria
reserva injusto a su feral memoria.

¿A deshora el gemido
no escuchas de los niños que degüella
al pie de infando altar el druida fiero,
de la remota selva guarecido;
y el horrible alarido
con que acompaña el homicida acero
sacerdote de sangre, sangre huella,
y de su Dios con sangre el pacto sella.

Mas fue Jesús. En majestad y gloria,
era de nueva historia,
cual salvador a nuestro mundo vino;
y a su aspecto divino
templos, altares, ídolos perecen,
como la noche umbría,
y sus sombras horribles desaparecen
al puro rayo del ardiente día.

Mas fue Jesús. Su sangre derramada
desde el Gólgota infiel baña los mundos,
y en la tierra asombrada
gérmes de su amor crecen fecundos.
Los pueblos por la cruz ya son hermanos;
el hombre es libre, y las sagradas leyes,
que odiaron los tiranos,
iguales son a súbditos y a reyes.

No hay más que Dios. Ante su trono augusto,
que el amante querube imprime susto,
la caridad y la justicia mora:
nada se oculta a su mirada ardiente
que el mar, los cielos y el Averno explora;
calla a su voz el huracán rugiente;
nace a su voz el florecido mayo;
su corona es la luz, su cetro el rayo.

¿Quién como el Dios en el Sinaí se muestra,
y hondo terror al gran profeta inspira?
¿Quién como el Dios que en el Calvario expira,
hostia sublime del linaje humano?
Con su invencible diestra
al joven puro que adoró el pagano
vencido aterro, y su inefable nombre
en el alma inmortal lo graba el hombre.

Cantadle, ¡oh vates!, que la santa musa,
que al rey profeta en la Sión sagrada
himnos sublimes inspirara un día,
del almo fuego creador profusa,
con vosotros será, y en acordada
métrica voz el arpa resonante
ensalzará las glorias de María,
las de Jesús, las de Jehová tronante.

Nunca a los hombres el amor del cielo
más bello reveló misterios santos;
nunca el poeta a sus divinos cantos
mayor asunto apropiará en el suelo
cuando en su raudo vuelo,
de la mente fogosa conducido,
estrecho y reducido
contemple el orbe a su glorioso anhelo.

¡Cantad, cantad!, y en arrebató pío
las sonoras cuerdas en el río
del amor del Señor bañad copioso.
Del poeta cristiano
el Pindo es el Calvario luctuoso;
musa, la Virgen que el dragón tirano
venció animosa, y su castalia fuente,
del sagrado Jordán la ancha corriente.

¡Cantad, cantad!, que vuestra fe sincera
benedicida será cual fue de Herrera
bendito el numen; de León divino
el canto sin modelo, peregrino;
del santo Juan el de la Cruz la pluma;
y de virtud la suma,
Teresa invicta, cuyo excelso nombre
ha de durar mientras durare el hombre.

¡Oh quién pudiera la gloriosa palma
y el místico laurel ceñir triunfante,
a vuestro lado en la cristiana liza,
y en visiones del alma
que en un mundo de arcanos se desliza,
mirar del orbe al inefable Atlante,
y del labio divino
oír del hombre el inmortal destino!

¡Adiós, adiós! Inmóble en la ribera
vuestros bajeles con el alma sigo
en el mar de la gloria proceloso.
Seguid, seguid, y que a mi ruego, amigo
se muestre el viento y con veloz carrera,
desplegando gallardas banderolas,
al abrigo lleguéis de puerto hermoso
triunfante de las sirtes y las olas.

A DIOS (I)

Perlas son de tu manto las estrellas;
tu corona los soles que al vacío
prendió tu mano, y de tu imperio pío
espada y cetro al par son las centellas.

Por el éter y el mar andas sin huellas;

y cuando el huracán suelta bravío
sus mil voces de un polo al otro frío,
con tu voz inmortal sus labios sellas.

Do quiera estás; do quier llevan tu nombre
mares, desiertos, bosques y palacios,
cielos y abismo, el animal, el hombre;

Aunque estrechos la mente y los espacios
te llevan, ¡oh Señor!, sin contenerte,
te adoran, ¡oh Señor!, sin conocerte.

A DIOS (II)

Cielos, orbes y abismos reverentes
narran tu gloria, ¡oh Dios!, y tu grandeza;
y ante el sol inmortal de tu belleza
postran los santos las radiosas frentes.

Materia y forma, especies y vivientes
sacaste a luz con pródiga largueza;
y bebe, sin cesar, naturaleza
copiosa vida en tus eternas fuentes.

Diste al hombre tu imagen, y un destello
es su razón de tu razón sublime,
con que pusiste al gran prodigio el sello;

Pues sólo aquel es digno de adorarte
que en libre estadio el pensamiento esgrime,
y libre puedo, aunque en error, negarte.

A LA SANTA CRUZ

Fuiste suplicio en que a morir de horrenda
muerte de oprobio y de dolor profundo
el hombre a sus esclavos, iracundo,
en su justicia condenó tremenda.

Y ora, contrito, religiosa ofrenda
de amores rinde ante tus pies el mundo
y de ti brota en manantial fecundo

consuelo al justo, al pecador enmienda.

¿Por qué trocado tu baldón en gloria,
y en júbilo por qué tu pesadumbre,
y en santo libro tu infernal historia?

Porque el Venido de la excelsa cumbre
dejó en tus brazos su feliz memoria
y de su amor inextinguible lumbre.

OTRA VERSIÓN DEL MISMO

Suplicio fuiste en que a morir de horrenda
muerte afrentosa, y con valor profundo,
el hombre a sus esclavos, iracundo,
con su justicia condenó tremenda.

Purificada por Jesús, ofrenda
de amor y cultos te consagra el mundo;
y hallan en ti consuelo el moribundo,
el justo premio, el pecador enmienda.

¿Por qué trocados tu baldón en gloria,
en dulce libertad tu servidumbre,
en santo libro tu infernal historia?

Porque el Venido de la excelsa cumbre
dejó en tus brazos su feliz memoria,
y de su empírea majestad vislumbre.

AL MISMO ASUNTO

Alto portento del amor divino
tus oprobios, ¡oh Cruz!, torna en blasones
y el suplicio de esclavos y ladrones
de Dios a la mansión abre el camino.

Lábaro fuiste al magno Constantino
y por ti victoriosas sus legiones
anunciaron a pueblos y a naciones
nueva luz, nuevo altar, nuevo destino.

Entre cielos y tierra lazo fuerte,
del orbe antorcha; de la historia guía
en quien eterna la verdad reposa;

Cuando vive y respira vendrá a muerte;
Tú con Jesús en el postrero día
asistirás triunfante y gloriosa.

LUZBEL EN LA REDENCIÓN

I

Muere Jesús y al punto estremecida
siente crujir la esfera su cimiento;
enmudece la mar, párase el viento;
viste de luto el sol su luz querida.

Los muertos en sus tumbas por la vida
asaltados se ven, y hondo lamento
mustia levanta al alto firmamento
la tierra toda en su Hacedor herida.

Del Redentor la sangre gota a gota
se derrama en Luzbel, y su tortura
descubre y su terror así el precito.

Nunca, ¡oh Dios!, tu bondad el hombre agota
tan sólo mi dolor por siempre dura
inmortal como tú, cual tú infinito.

II

Y una voz le responde: «En medio al coro
de los benditos ángeles un día,
tu belleza sin par resplandecía
como en lóbrega noche ígneo meteoro.

Fugaz como él, riquísimo tesoro
perdió de gracia y luz tu rebeldía;
y el que al trono de Dios cortejo hacía
bajó al abismo en sin igual desdoro.

Allí tu reino; allí de tu delito,

y del antiguo honor cruda memoria:
allí eterno dolor, eterno llanto.

De tu rabia feroz vano es el grito:
venció la cruz, y su inmortal victoria
para el hombre es salud, para ti espanto.

III

Ni de sangre siquiera horrible llanto
en los ávidos ojos: embargada
yace la lengua, y la feroz mirada
fija y sin luz, revela su quebranto.

Así en presencia del Madero Santo,
su primera sentencia renovada
oye Luzbel, y con la faz velada
lloran los justos infortunios tanto.

Blasfemando de Dios alzan empero
«Derribaré la Cruz, dice, y triunfante
en trozos mil la arrojaré al profundo...»

Mas, ¿cómo, ¡ay me!, sin arrancar primero
de sus eternos quicios de diamante
al alto cielo, el anchuroso mundo?

LA REDENCIÓN

Cuando del pecho a la garganta helada
sube de Cristo el postrimer aliento,
paran los orbes su feliz concento
y absortos miran la fatal jornada.

Del impío Lucifer en la morada
suena aquel grito en tremebundo acento
y el rayo vengador penas sin cuento
fija en su mente de terror postrada.

Mas luego alzando la incendiada frente
de sierpes nido y de furor insano:
«¿De qué os sirviera maldecida gente,

La fruta de Eva, que os brindó mi mano?
Dijo y bramando, en su dolor profundo,
al Dios maldice Redentor del mundo.

ADÁN EN LA REDENCIÓN

(Imitación del italiano)

Cuando al morir Jesús, en su cimiento
retiembla el orbe, y con fragor y susto
se abren las tumbas, soñoliento, adusto,
Adán en pie se pone al caso atento.

Mira absorto en redor, mira al portento,
e inquiere con afán quién es el justo
que en medio a chusma vil, sublime, augusto.
Así se ofrece en sacrificio cruento.

Sábelo, en fin, y al punto la rugosa
frente, y el rostro, y los cabellos canos,
con rudo brazo arrepentido hiera.

Y mostrando la Cruz, dice a la esposa:
«Yo recibí la muerte de tus manos,
y Él por tu culpa y por mi culpa muere.»

LA ANUNCIACIÓN

(A mi amigo *don Aureliano Fernández Guerra Orbe*)

¿Qué nuncio divino
Desciende veloz,
Moviendo las plumas
De vario color?
—*Leandro F. de Moratín.*

Musa, ¡al Numen implora!
La mansión del Eterno en nueva llama
arde y brilla a deshora;
«¡Victoria!», el cielo clama
y el tartáreo querube horrendo brama.

En canto, di, süave,
cómo Gabriel en su veloz carrera
más que del Arca el ave
hiende rauda la esfera,
nuncio de paz del que en el cielo impera.

Y en el éter flotante
las ígneas alas desplegando vuela,
como en la mar sonante
nave de inflada vela,
en pos dejando nacarada estela.

Nunca vertió lucero
más puro en la alta bóveda su lumbre;
nunca midió agorero
astrólogo en su cumbre
de cometa mayor la pesadumbre.

No brilla tan hermoso,
rey del cerúleo campo tachonado,
Héspero glorioso;
no tan bello, inflamado,
relumbra el sol en el cenit rosado.

Y va de serafines
cercado en torno y de sus arpas de oro;
alados querubines
en refulgente coro
lanzan al aire cántico sonoro.

Los espacios celestes
leve, rápido, ardiente cruza y dora;
mil angélicas huestes
su marcha vencedora
celebran, del ocaso hasta la aurora.

Mensajero divino,
aromas, canto y luz al puro cielo
desparce en su camino;
y el flamígero vuelo,
mudo el orbe de asombro, abate al suelo.

Si no vienes de guerra,
¿Del reino de la luz por qué declina
tu marcha hacia la tierra,
do la virtud camina,

ausente de su patria, peregrina?

¡Teme, arcángel radioso,
del ángel de Sodoma la impía suerte;
al cielo presuroso
los pasos, ¡ay!, convierte
y deja al hombre en brazos de la muerte!

Mas no; que va guiado
por el que en noche oscura rige el freno
del rayo desatado;
cuando al fragor del trueno
tiembla de Atlante el cavernoso seno.

Ni en su diestra la espada,
de Adán azote en la mansión serena,
resplandece irritada:
luce, de mancha ajena,
en la siniestra cándida azucena.

Y entre vivos fulgores
que de zafiro y púrpura y topacio
multiplican colores.
y embalsaman espacio,
en pobre estancia, para Dios palacio,

El paraninfo hermoso
inclinándose a ti, dulce María,
prorrumpe armonioso
en canto que decía,
igual al de tu voz en melodía:

¡Salve, de mancha pura,
de gracia llena y del Señor amada!
Bendita criatura,
en la tierra apartada
para ser de Jesús madre adorada.

Dijo, y los montes,
las selvas y los antros repitieron
su voz; los horizontes
en dulce llama ardieron;
los demonios en ira se encendieron.

Las empíreas regiones
flores envían; ondeante nube

de argentados vellones
hierve, se esparce, sube
y púdico cendal viste al querube.

Y las auras rompiendo
voz que a los hombres redención augura,
doquier va repitiendo:
«¡Gloria a Dios en la altura;
paz en la tierra a la conciencia pura!»

¡Virgen que coronada
de estrellas junto a Dios reinas dichosa,
sobre soles sentada;
medianera piadosa,
que su cólera aplacas temerosa!

¡Tú, que del monstruo horrendo
vencedora inmortal, con firme planta;
el dardo reblandiendo,
oprimes la garganta,
de la tierra deidad que el cielo canta!

Al nuncio te postraste
absorta y muda sobre el suelo frío.
Y purpúrea, exclamaste
en arrebató pío:
«¡Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío!»

Y no tan pronto ofrece
salida el labio a tu divino acento,
cuando el fulgor acrece
y da su blando aliento
la mística paloma al vago viento.

Y llega ya y suspende
las albas plumas sobre ti amorosa,
y tal volcán desprende
sobre la casta esposa
de la fecundidad llama gloriosa,

Que con la faz velada
los ángeles se inclinan reverentes
y al ver la unión sagrada
que es salud de las gentes,
baten al polvo las radiosas frentes.

Así por siempre unida
quedó la tierra al cielo y cesó el llanto
en que vivió sumida.
Forma el iris, en tanto,
en arco inmenso una diadema al Santo.

Borre el hombre infamante,
de la primera culpa el fallo escrito
en su frente arrogante:
más que el de su delito
el raudal de perdón es infinito.

Del numen poderoso
que no cabe en el tiempo ni en el mundo
y se encarna piadoso
en el seno fecundo
de casta Virgen con amor profundo.

Venciste, ¡oh Dios!, venciste.
Por frágil mano de mujer victoria.
De Luzbel obtuviste:
¡Cielo y tierra en memoria!
¡Himnos te canten de alabanza y gloria!

Nunca mejor corona
ciñó a una sien la musa que descuella
en profano Helicon,
que la que adorna bella
su majestad de Madre y de Doncella.

¡Madre de la esperanza!
¡Pura estrella del mar que en blando giro
anuncias la bonanza!
Yo, náufrago, te miro,
y envuelto va tu nombre en mi suspiro!

ODA

Al señor don Germán Hernández, con motivo del cuadro que sobre la desesperación de Judas presentó en la última Exposición

Su luz serena el cielo
y soles rutilantes encubría
con funerario velo,

y en palpables tinieblas envolvía
de las calladas selvas la espesura;
el sublimado monte; la llanura;
y el mar inmenso que de horror mugía.

Sus alas replegaba
con frémito medroso el rudo viento:
la tierra suspiraba
con angustia y terror, y ronco acento
cual de lejana tempestad undosa,
que estrago anuncia y muertes, espantosa,
tal vez sonaba misterioso y lento.

Ni murmurio suave
se oye de fuente en bosque o en pradera,
ni canto alguno de ave,
ni clamor de torrentes o de fiera,
arden las nubes, hierven, se propagan,
y en silencio relumbran, y se apagan,
llamas do quier por la anchurosa esfera.

Y al fulgor de sus lampos,
trememente el corazón, vieron mis ojos
en los desiertos campos
desnudas rocas y áridos abrojos:
de vengadora cólera divina
indelebles señales, y ruina
de la mano del hombre y sus enojos.

Y vi tus negros muros,
triste Jerusalén, patria de llanto
y corazones duros;
y de nube sangrienta rojo manto
sobre el excelso Gólgota pendiente:
padrón de infamia a tu marchita frente:
perpetua casa a tu inmortal quebranto.

¡Noche de hondos misterios
cual la que en pasmo ayer y horror profundos
sumió los hemisferios,
cuando con férreos brazos iracundos
al Ungido, Sión, crucificaste,
y su sangre preciosa derramaste
que en divino raudal bañó los mundos!

¿Llegó acaso el momento,

maldecida ciudad, y la venganza
que Dios acopia lento,
menor que tu delito, al fin te alcanza;
y, sorda al ruego, de la Cruz en pago
dolor te envía y funeral estrago,
negada a tu clamor dulce esperanza?

¡Oh!, duerme todavía
libre, Sión, mientras sus rayos Roma
y su dogal te envía:
¡miseria, más que al parecer Sodoma!,
y al despertar, adorna en adulterio
al impío tus doncellas, y el salterio
a Tito cante y al infiel Mahoma.

¿Cuál, pues, duro castigo,
si el tuyo no, Jerusalén, se apresta
de Dios al enemigo?
¿Contra quién el Señor su brazo asesta?
¿O a nuevo crimen preparado el hombre,
con su justicia que a la tierra asombre
irritado y piadoso le amonesta?

Alegre está el averno:
su rey sobre el abismo se levanta;
blasfema del Eterno;
y esperando su triunfo altivo canta.
Y entre las voces del tartáreo coro,
acento horrible de furor y lloro,
jamás oído, el corazón espanta.

Al pie de árbol añoso
que sin hojas, señero, se divisa
en alto pedregoso,
a la luz del relámpago indecisa,
a Judas miro: del desnudo cuello
un lazo pende: mészase el cabello,
y al cielo insulta con feroz sonrisa.

La lengua vestidura
en desorden está: muéstrase el pecho
latiendo con presura
cual ola brava en reducido lecho:
salidos de sus cuencas, ambos ojos
en alto fija, con la saña rojos,
y a Dios amaga en su infernal despacho.

El ala recogida,
junto a él de espaldas su custodia llora:
al alma ya perdida
el arcángel rebelde vengadora
llama dispone en el sulfúreo abismo;
y el tormento de Judas en sí mismo,
doblado siente que su ser devora.

Y el apóstol perjuro
la vista tiende y mano fulminada,
mientras el ángel puro
sus ojos vela, y con la diestra alzada
último ruego al Hacedor envía,
y triste, a paso lento, se desvía
de horror la mente y de piedad turbada.

Y entonces sobrevino
oscuridad mayor, y pavoroso
silencio repentino.
La tierra absorta al caso lastimoso
enmudece temblando: en sus regiones
de cándidos querubes las legiones
se estremecen al fallo temeroso.

Súbito el estampido
del trueno horrisonante se desata,
y el intenso bramido
de la tormenta al aire se dilata.
Rompe el rayo las nubes: piedra y fuego
con él caminan, y en su furia ciego
campos incendia y montes arrebatá.

Blanca, suave lumbre
sobre el Calvario sacrosanto esplende,
y triunfante en su cumbre
en luces mil el Lábaro se enciende.
Como lluvia de sangre roja llama
sobre Sión horrenda se derrama,
y a pueblo y valle rápida descende.

Del arduo monte erguido
cayó el traidor descoyuntado y roto
el lazo al cuello asido;
y cual suele fragor de terremoto
subir al cielo y conmover el mundo,

así al caer, rodando hasta el profundo,
gimió el empíreo y el confín remoto.

No a su presa más listo
acude el tigre, que de mal sediento
al vendedor de Cristo
Luzbel sañoso con legión sin cuento;
y allí le abraza, y en la torva frente
su garra imprime, y el agudo diente:
signo de alianza en el común tormento.

A la mansión precita
luego le arrastra del cordel atado
con afrenta infinita;
y al orbe como el trueno dilatado
un acento infernal: «¡Maldito!», exclama,
maldito el viento en los espacios brama;
maldito el mar en ronco son airado.

Mientras el ángel bello
las alas tiende hacia el «Calvario» santo,
suelto el rubio cabello,
mustio en el rostro y desceñido el manto;
y allí ante Dios doblada la rodilla
de la divina Cruz al pie se humilla,
el suelo besa y lo humedece en llanto.

A LA MUERTE DE JUDAS

(Traducción de Vincenzo Monti)

De su traición el precio infame a tierra
Judas arroja, al árbol se abalanza
y de un ramo oscilando el cuerpo lanza
pendiente al lazo que su cuello cierra.

El alma en su prisión, contra sí en guerra,
se agita y ruge y blasfemando alcanza
los cielos aterrar y de esperanza
hendir el antro en que Luzbel se encierra.

De su cárcel al fin sale bramando;
y entonces la justicia, en la inocente
sangre de Cristo el índice empapando,

Al Gólgota la arrastra y en su frente
sentencia escribe de penar eterno
y, vuelto el rostro, lánzala al infierno.

A UNA SEÑORITA

(Con motivo de haber entrado en religión)

En la cándida frente el sacro velo
muestras como señal de la victoria
que sobre el mundo y su falaz memoria
consiguió tu virtud, hija del cielo.

Así burlaste mi amoroso anhelo
palma inmortal labrándote de gloria;
cuando, ausente de ti, será mi historia
llamarte en vano y sin cesar con duelo.

¡Espíritu feliz! de la clausura
del cuerpo desatado, alegre, altivo,
libre de tu prisión miras la altura;

Mientras con mi pasión el alma enclavo
en este oscuro suelo, donde vivo
del ya imposible amor mísero esclavo.

EL ÚLTIMO DÍA DEL MUNDO

(Poemita fantástico en dos cuadros y precedido de un prólogo)

Prólogo

¡Si por el rubio Apolo arrebatado
y en aquel buen Pegaso caballero,
seguir pudiera el surco ya trazado
por el sublime y celestial Homero!
Mas Apolo es un viejo, y resfriado
ya está Pegaso de su ardor primero.
Así que es bueno para hallar ventura
mudar de pedagogo y de montura.

Yo quisiera también, ¡oh musas bellas!
(por ser de toda falda tan devoto)
con vosotros subir a las estrellas
y allí el empíreo contemplar remoto:
y de los astros proseguir las huellas,
y ver del sol el manantial ignoto,
y de santo temor la alma embargada
de Júpiter mirar la paz airada.

Y del inmenso piélago profundo
el fondo ver y la inexhausta fuente,
y en sus entrañas invisible mundo
do nace y reina el huracán rugiente;
y en sucesión perpetua el iracundo
empuje de las olas, y el doliente
son que a la tierra en su perenne orgía
el lloro anuncia del postrero día.

O el sonoro plectro manejando
que tanta gloria a vuestros hijos diera,
a las futuras gentes enseñando
cantar las glorias de la edad primera;
ora el valor o la virtud loando,
ora de amor la llama lisonjera;
y acatando tan solo vuestro ejemplo
de la inmortalidad llegar al templo.

Mas para no intentar tamaña empresa,
asístenme, señores, mil razones,
de inmensa monta la que menos pesa
que expresaré con pocas digresiones;
porque pensar que la mi cholla obesa
pueda sin digresar formar borrones,
fuera pensar que una mujer callara
porque un infierno con su lengua armara.

Y pues de infierno y de mujeres hablo
(sin confundir con una la otra cosa)
quiero deciros, Musas, como el diablo
siempre me tienta con mujer hermosa,
aunque, a decir verdad, amor no entablo,
siento tan cruel mi suerte caprichosa
que por más que me afano en esa caza
siempre por liebre encuentro calabaza.

Es la mujer como la selva umbría

en jarales fecunda y en maleza,
do bien entre de noche, bien de día
vacila el hombre, cuando no tropieza.
Apuesto una mujer de gran valía
del seso digo con feliz llaneza,
y yo que en la mujer siempre confío,
la regla adopto, y del demonio fío.

¡Ojalá siempre cauto hubiera sido,
yo que sólo a gemir acierto agora,
ajado corazón que el bien perdido,
y su ilusión y su inocencia llora:
marchita flor que sobre el tallo erguido
rica de olor no mira ya la aurora,
sino por tierra, en lastimoso estado,
el cáliz roto y con desdén pisado!

Mas vive Dios que en estas digresiones
el tiempo pierdo y la paciencia acaso,
cuando exponer debiera las razones
que me prohíben el hacerlos caso;
pero no me culpéis si en ocasiones
adelanto camino, o bien lo atraso
si así lo quiero y si con ello gozo;
que en esto de caprichos soy un pozo.

Hubo, Musas, un tiempo en que el imperio
de las preciadas artes soberano,
con maternal y justo ministerio
rigió vuestra feliz con sabia mano;
mas invadido luego el magisterio,
do reinó la razón manda tirano
de ciega plebe el irritante orgullo,
sorda del verso el armonioso arrullo.

De Virgilio y de Homero el alto ejemplo,
delicia y ley de los insignes vates,
yace olvidado, y de la fama el templo
en jaula convertido está de orates,
y algún Dios de saber ora contemplo
a quien sientan muy bien dos acicates:
Dios que el gran Lope o si Cervantes vieran,
por juguete de barro lo tuvieran.

Y así como está el habla está el invento,
pues sólo goza en lo espantable el alma,

y tanto, que será buen argumento
el vuelo de un borrico con su enjalma.
De vestiglos y diablos un buen ciento
al talento embrollón darán la palma,
y es la transpirenaica pepitoria
sano potaje de esplendente gloria.

También vosotras la inmortal corona
que el genio premia y la virtud alaba,
al héroe disteis, y a la fiel matrona,
y al vate ilustre que en su honor cantaba;
mas ora que la lira sólo entona
himnos al oro que antes despreciaba,
fuerza será que al lauro empacho tenga,
y ochavo a ochavo su renombre obtenga.

Y por buscar tal gloria y conseguilla
al pueblo halaga y a su instinto bruto,
cultivando del mundo la mancilla
como del suelo el labrador el fruto;
mal de su agrado el yugo que le humilla
de su pluma y conciencia da tributo,
y el siglo aplaude, y con su aplauso infunde
su propia infamia al vate, y le confunde.

Así con Dios quedad bellas que un día
con tanto halago acarició mi mente,
y en cuyos brazos caminar quería
del austro al bóreas y del ocaso a Oriente:
bellas que en la vigilia y sueño veía,
y en todas partes con amor ferviente,
como allá el alma en su ilusión constante
goza en la imagen de soñado amante.

Mas ya que el mundo en su turbión envuelva
de mi fortuna la infeliz barquilla,
no permitáis que en su furor disuelva
el casco frágil o la endeble quilla,
pues aunque esclava mi razón resuelva
partir con él la gloria o la mancilla,
por vuestro amor, mi amor siempre suspira
y luz tan sólo en vuestros ojos mira.

Cuadro primero

I

Salud mundo dichoso
que en perpetua alegría
recorres triunfador el firmamento;
ora guiado por la luz del día,
ora por el fanal que silencioso
su tibia luz de plata reverbera
en la callada esfera,
dando a la noche umbría
alma, tristeza y dulce poesía;
o si de luto se reviste el cielo,
dirigido en tu vuelo
por fúlgidas centellas
que acaso, como tú, tienen estrellas,
y soles de otros mundos sin guarismo
vida dan al espacio y al abismo.

Salud mundo dichoso
que el sol enamorado en torno ciñe
como a la esposa el brazo del esposo;
que ardoroso y lascivo tu sien tiñe
con los blandos colores de la aurora;
y con los rayos de su luz fecunda
de amor y de vida fecunda
cuanto en tu seno y superficie mora.

Salud a ti que unido
con lazo eterno al piélago profundo,
expirar a tus pies lo ves rendido
de su lucha cansado,
y en acento iracundo
a par que dolorido tu victoria,
y su anhelo engañado;
y el gran poder divino
canta y llora contino,
encadenado heraldo de tu gloria.

Salud a ti que en el profundo seno
mil metales preciosos atesoras,
que cual dioses adoras.
Por ellos la virtud sumida en cieno
de los vicios aspira el aire impuro
y el crimen vive de temor seguro.

Salud a ti que en tanto vario clima
como la luz del sol fecundo anima,
vas tus llagas sin cuento
perfumado de olores ocultando;
al placer convidando
con lascivo ardimiento:
mintiendo el corazón dulce contento.

Así va la mujer, cuando marchitos
el alma y los colores
por la vida estragada,
se finge enamorada
remedando de un ángel los amores,
cuando el infierno en las entrañas lleva
y en la torva mirada se trasluce,
y en la hundida mejilla
que en afeites reluce
mostrando su torpeza y su mancilla.

Así va el hombre en bacanal sombría,
perdida la razón, turbios los ojos
y el paso vacilante
con el vapor del vino, radiante,
alegre y sin enojos
la paz mostrando y loca fantasía,
mientras que, lento roedor gusano,
en afanar insano,
busca del pecho la escondida llaga,
y allí se ceba y con furor la estraga.

Así muestra la mar su faz serena
como un espejo de bruñida plata
que al blando aliento de la dulce brisa
se ruga en torno con falaz sonrisa,
y en voz armoniosa de sirena
por la sonante orilla se dilata,
el furor ocultando con que luego,
espumosa y bravía,
lleva sus olas a las altas nubes
y el rayo del Potente desafía
del ángel, con pavor, y del Querube.

Así un prado de mil flores,
y de mullido césped esmaltado
al parecer formado
para el juego lascivo y los amores

bajo la verde alfombra acaso encierra
mina de ardiente lava que algún día
con miedo de la tierra
en yermo trocará su lozanía;
y los pueblos, los campos y los montes
hasta los apartados horizontes
cual mar de fuego inundará sañudo,
sordo a tu ruego y a tu espanto mudo.
Por eso tus loores
ha de cantar y suerte peregrina,
mundo por Dios lanzado,
como cosa divina,
a vivir condenado
fantasmas viendo y ensalzando errores;
mundo que a Dios vendiste,
mundo que a Dios mataste
y con sus vestiduras te cubriste
cuando en su alma piedad quiso abrazarte.
¡Tú eres bueno y te sigo!
Mas la suerte maldigo
que a unir me fuerza en insoluble lazo
al mal de conocerte el de cantarte.

II

Cantarte, sí, como su muerte canta
con tristes notas su canción postrera
llorando el cisne, o cual su voz levanta
soberbio el indio en la voraz hoguera,
y un himno entona, y con serena planta
la saña excita en su contrario fiera.
Así cantaba cuando el ronco acento
zumba del rayo en la región del viento.

Y luego en pos de la fatal vislumbre,
por la cóncava esfera resonando,
del silboso Aquilón a la alta cumbre
vuela confuso el formidable bando:
nublos sin cuento la vivace lumbre
van de los astros sin cesar volando,
cual a cadáver mísero, protervos
cubren graznando denegridos cuervos.

De nuevo el rayo fragoroso estalla;
y una vez y otra vez, áspero y rudo,

mezclado al trueno en la común batalla
ruge silbando el huracán sañudo.
Braman los mares; con pavor se calla
el acento del hombre, y triste, y mudo,
el viejo Atlante de terror vacila
y el peso siente que en el hombre oscila.

Nunca tiniebla tal ni tal pavora
la mente humana concibió en el suelo:
es del abismo la infernal negrura:
es de la Nada el espantoso velo;
y el alma entonces a su pena dura
bálsamo encuentra de sin par consuelo:
¡es en los mares de la vida una ola,
y va a perderse ya, náufraga y sola!

¡Sola!... Sin los ensueños de esperanza
que al palpitante corazón sencillo
el goce muestran que jamás se alcanza,
y fuera en vano a su ilusión pedillo:
en honda soledad; que allí no lanza
el desengaño su traidor cuchillo
al alma incauta que el amor abriga
y a un ser humano su existencia liga.

Por eso, acaso, a compasión del ruego
movido el cielo y del continuo llanto,
templa del alma el devorante fuego,
la angustia acerba, el sin igual quebranto;
y a la alta cumbre transportada luego
en dulce arrobó y celestial encanto,
rápida hiende la tupida nube
como leve vapor que al cielo sube.

Y así como de Júpiter el ave
remontada al empíreo, de repente,
antes que junto al sol su vuelo acabe
fija en el suelo su mirada ardiente,
y del mar del espacio excelsa nave
se columpia en el éter blandamente,
quedando luego inmóvil como herida
de un rayo de la luz que le da vida.

Del mismo modo el alma, que en su idea
finge el empíreo remontar segura,
al suelo por mirar que señorea

detiene el vuelo entre la niebla oscura,
que así suspensa saludar desea
con afectuoso adiós en su ternura,
la tumba que a su amor suerte inhumana
abrió de la existencia en la mañana.

¡Tan cierto es que el dolor en su cadena
de mágico metal, lleva la vida
de lloro en lloro en la terrestre escena,
y aun es al hombre por su mal querida!
Por eso el corazón vive en la pena
como un ave en el lecho en que se anida;
y por eso doquier junto a la fosa
más perfume y color tiene la rosa.

Tal era su pensar cuando en la altura,
de la pasada vida, reverente,
olvido a Dios le pide en la amargura,
y un rayo de su luz resplandeciente.
¿Es esta oscuridad la de dulzura
eterna gloria tuya refulgente,
y estos recuerdos que doquier me siguen
lazos serán, Señor, que a ti me ligen?

De esta manera enardecida, en vano
(tal era su ilusión) quiere la mente
de Dios sondar el insondable arcano
juzgando ante su trono estar presente;
y luego en alas del delirio insano
sueña ver en el cielo de repente
espectáculo tal, que acerba pena
de otro nuevo gemir abre la vena.

Para cantarlo, ¡oh Musas!, lira de oro
dadme que pulse, do en sublime acento
acorde al son del Apolíneo coro
el vuestro imite celestial concento;
que si persigo rebosando en lloro,
en extraviada senda, sin aliento,
de fantástica gloria el gran vestiglo,
no me culpéis a mí, culpád al siglo.

Obscuro siglo que por luz clamando
la luz apaga con su boca impura;
siglo de ateos a Jehová llamando
y al diablo a un tiempo con sin par locura;

confuso siglo por do quier mostrando
de oro y de harapos hórrida mixtura,
siglo de ciencia que al error camina,
y al vicio triunfador la frente inclina.

Y cual la tierra madre que a su infante
cuidosa alimentó con dulce anhelo,
y le ve, ya crecido, que inconstante
sus brazos deja por extraño suelo;
y entonces redoblando la incesante
plegaria que por él dirige al cielo,
la vida ofrece por tornarle grato,
que más le quiere cuanto más ingrato.

Así piadosas me acorred agora
uniendo a mi razón la fantasía
que a Homero dio y Virgilio voz canora
para llenar el mundo de armonía;
o la terrible voz que en Dante llora,
o de Milton la voz fuerte y sombría;
y aunque llegar debiese a su locura,
la voz del Tasso cadenciosa y pura.

¡Oh sacrosanto Numen que al poeta
humo vano o ciprés das por corona!
El hado envidia del valiente atleta
que himnos de triunfo al expirar entona.
Parta mi voz cual rápida saeta;
cual rayo trueno en abrasada zona;
y desde el fondo de la tumba fría
seré del mundo vencedor y guía.

III

Sordo rumor lejano se difunde
que creciendo veloz los aires llena:
viva llama también se eleva y cunde
del ruido en pos que el firmamento atruena.

Si el undísono mar mugiendo airado
en su ancho seno como el Etna hirviere;
y del abismo el Bóreas desatado
las espumantes olas revolviere;

Y en su insano furor osara al cielo

subir con ellas rebramando impío,
tras sí, yermo dejando el triste suelo,
y el hondo lecho de la mar vacío;

Si a un tiempo mismo en nuestro valle oscuro,
presa de nuevo y sin igual tormento,
vieran los hombres de su trance duro
llegar veloz el postrimer momento;

Y un grito solo en su dolor alzarán,
de mil dolores expresión siniestra;
ni el mar ni el hombre en su furor lograrán
de tan bronco estridor darnos la muestra.

La llama en tanto rauda trascendía
en movible espiral el cielo hendiendo,
y con mil lenguas rápida lamía
las nubes que su luz iba encendiendo.

De infinitos celajes luminosos
(cual viste el campo y le concede olores)
el almo sol con juegos amorosos
las nubes tiñe y las convierte en flores;

Más de un incendio el resplandor sombrío
matices sólo de siniestra lumbre
brotan, que manchan con afán impío
el hondo espacio de la excelsa cumbre.

Tal era el fuego que hacia mí volaba
de humo torrente alrededor lanzando,
y el grande abismo que detrás dejaba
en profunda tiniebla al par dejando:

Como incendiada nave en noche oscura
vuela a merced del vendaval furioso,
y trocada en pavesas su hermosura
el mar alumbra que la sorbe ansioso.

IV

En el mundo que incendiado
su ancha elipse recorría,
y por el cielo esparcía
nuevo cometa crinado

su luz cárdena y sombría.

Eran nobles mausoleos,
columnas, arcos triunfales,
academias y liceos
(de la ciencia devaneos)
entre ardientes espirales.

Diamantes, oro y topacios
por la llama derretidos:
ricos templos y palacios
alumbrando los espacios
con sus atrios encendidos.

Grandes reyes y guerreros,
prelados de alta virtud,
los Virgilio, los Homeros,
y los sabios altaneros
en un ardiente ataúd.

Pobres siervos y señores,
en abrazo fraternal,
depuestos ya los rencores
confundiendo sus dolores
en una hoguera infernal.

Las altivas hermosuras
y los galanes dorados,
con sus livianas ternuras,
y con su amor y locuras
en vil ceniza trocados.

Ya la belleza inocente
de fragancia virginal,
dulce, pura y refulgente,
como el destello riente
del lucero matinal.

Con la mujer confundida
que el mal prefiriendo al bien,
trocó de un ángel la vida
por la senda maldecida
que la apartó del Edén.

Eran restos calcinados
de difuntos en sus huesas,

allí por burla mezclados
en los cuerpos animados
convertidos en pavesas.

Tanta ambición, tanta gloria,
tanto crimen y virtud,
que conservara la historia
como dignos de memoria,
y en sus cantos el laúd.

En la misma sepultura
con los vicios perecieron,
que por ser de fama oscura
a la par que la locura
al mundo desprecio fueron.

Mas de célica armonía
una voz creí escuchar
hablando al mundo que ardía,
y estas palabras decía
que calmaron mi penar.

«No murieron en el suelo
los que salvaron el alma;
murieron los que su vuelo
no alzaron jamás al cielo
en busca de eterna palma.»

«Morir es cambiar la vida
de un instante, amarga y dura,
por aquella indefinida
en el cielo establecida
por Dios, para el alma pura.»

Morir es viaje que al puerto
del claro cielo nos sube,
nos da la forma de un muerto,
y del hombre el paso incierto
cambia en alas de Querube.

Así, cual leve suspira
el niño que a un niño llora,
sin pesadumbre, sin ira,
aquella voz vaga, y gira,
y en los aires se evapora.

Y entonces juzgué que os veía,
dulces prendas de mi amor,
mientras el orbe gemía
subir llenas de alegría
hacia el trono del Señor.

Allí, si tenéis memoria,
de lo que fuera el vivir,
recordad mi triste historia,
y ante el ara de su gloria
rogad por mi porvenir.

V

¡Oh mundo, y cuán trocadas
tu antigua gallardía y tu hermosura
las vido entonces, demandando al cielo
con llanto de amargura
en vano compasión el alma mía!
Velado el Sol yacía,
y del abismo el tenebroso velo
la luna y las estrellas,
que con fúlgidas luces y centellas
denante en tu camino,
cortejo al triunfador, te acompañaban,
también cubrió con espantoso luto.
Mustias y tristes, tu maldad lloraban
y su terrible fruto:
o en tu desgracia su final destino
temblando acaso con terror miraban.

Los fuegos que dormían
en tu profundo seno sosegados,
aguardando que opimos
de tu maldad creciesen los racimos,
del sueño despertados
fueron en la vendimia los primeros.
Y con rugidos fieros
por infinitas bocas respiraron,
y hasta el cielo llevaron
tus blasfemias y lloro,
entre espirales mil, sus lenguas de oro.

El undísono mar las crespas olas,
no ya zafíreas revolvió en su lecho,

negruzcas sí como la muerte sangre
que de un cadáver expeliera el pecho;
y con terrible calma,
más temerosa al alma
que de sus iras el terror y estruendo,
las fue lentas subiendo;
y a lento paso y movimiento blando
con ellas inundado
palacios y cabañas,
los campos, los volcanes, las montañas.

Los ríos y las fuentes
que en su sencillo y armonioso canto
las puras aguas con placer vertían
ledas corriendo con florido manto,
en tempanosa sangre se tiñeron;
que en sangre convertidas
las linfas transparentes,
para mojar tus fauces rojecidas
por el Dios vengador al punto fueron.

Los vientos se pararon:
tus infinitas voces y ruidos
de miedo enmudecieron:
sus males y sus penas olvidaron
los hombres pavoridos,
que sanos se juzgaron y felices
cuando la muerte tan cercana vieron.
Entonces los matices
todos en miedo en sucesión horrenda
los descompuestos rostros demudaron:
tiembla su corazón: su entraña tiembla:
tiemblan sus huesos con chasquido horrible:
niega a su labio la oración al cielo,
y por la boca vomitando enojos,
cubierta el alma de espantoso velo
alzan al cielo, sin llorar, los ojos.

Cuadro segundo

I

No es raro ver en abrasadas zonas
que un sol de fuego sin cesar inflama,
del claro día la esplendente llama

súbitas nubes el fulgor velar.

Entonce el aire con pavor se para;
ninguna voz en los espacios suena;
todo en el orbe con profunda pena
siente la muerte sobre sí pesar.

Medrosa el ave los hijuelos deja,
el dulce nido, y la región del cielo,
y busca al hombre en congojoso anhelo
con el miedo olvidando su rigor.

Vanse las fieras al hogar del hombre
con tardo paso y lagrimantes ojos,
y en el peligro deponiendo enojos
lamen sus manos demandando amor.

Y el hombre mismo soñoliento y triste
la noble frente hacia la tierra inclina,
y sofocado a la piedad divina
pide auras frescas, movimiento, luz.

Y hay un momento de suprema angustia
en que la tierra al parecer expira,
y agonizante sin dolor suspira
envuelta en negro funeral capuz.

Luego del cielo desprendidas bajan
tíbias y escasas transparentes gotas,
que suenan sordas cual terribles notas
del concierto que anuncia el temporal.

Y al estampido horrisonante y fiero
del ígneo rayo que las nubes parte,
se abre la esfera y sin piedad reparte
pedras, y lluvia, y recio vendaval.

Y mil acentos la tormenta al aire
esparce loca en confusión extraña,
y corre, y vuela, y la profunda entraña
tiembla del mundo, al sin igual fragor.

Mezcla confusa así de varias voces
claras y sordas de la tierra veía:
otras formando extraña algarabía:
hijas todas de rabia o de dolor.

II

Unas eran cual rugidos
de leones
sorprendidos
en sus lóbregas mansiones:
roncos, fieros,
lastimeros.

Otras al tigre imitaban
de sangre humana sediento,
y con feroz ardimiento
lúgubres, como él, aullaban:
con tal son
que en agonía,
de escucharlos
o nombrarlos,
fallecía
el corazón.

Allí se oyeron gemidos
que, cual débiles mujeres
los humanos confundidos
exhalaban, ya perdidos
sus impúdicos placeres.

Y allí también el rugido
que la ambición en su despecho lanza,
cual suelo embravecido
el tigre su gemido
la presa al ver que a devorar no alcanza.

Y allí también de dolor
indescriptibles acentos
se elevaban,
que causaban
en el alma mil tormentos
de angustia, pena y terror.

Ora lentos y profundos,
de tan triste entonación
cual si fueran de mil mundos
los gemidos
reunidos

en su solo corazón.

Ora agudos, vibradores,
blasfemantes;
como rayos serpeadores,
flameantes.

Ora dulces y sin ira,
como gira
y suspira,
requerido por las flores,
con olores
sus ardores
apacando,
el cefirillo volando:
con blando
murmullo
y arrullo
gentil;
huésped
alegre
de abril.

Y allí los duelos que amor
al ver su fin malogrado
exhalaba despechado
de su destino al rigor,
y a la Parca, en su dolor,
un instante le pedía
retardase su agonía,
mientras el labio sediento
en el raudal un momento
amor y muerte bebía.

O el fragor de los rayos remedando
cuales con bronco estruendo
iban cielos y abismos atronando
más que todas subiendo y más que el fuego;
y por doquier creciendo
de ellas en pos iba el espanto ciego.

III

Y en confusión tan extraña
todo aquello resonaba,

que la mente vacilaba
en distinguir la expresión
de las voces que sin cuento
ya vagaban confundidas,
ya trastornadas, perdidas,
en tan cruel desolación.

Eran voces de demonios
y angelicales acentos:
de animales los lamentos
y del hombre el sollozar:
eran quejas, maldiciones,
y carcajadas, y llanto:
eran risas y quebranto
con plegarias del altar.

Y de beodos festines
la algazara y la tormenta
y el ruido que fermenta
en impura bacanal,
y relinchos, y baladros,
y de sierpes los silbidos,
y de toros los bramidos
con estrépito infernal.

De animales inocentes
el lamento: de las fieras
y las aves carniceras
el grito agudo y feroz;
que del mundo presintiendo
el postrero triste día,
al festín que prometía
se apretaban con furor.

La campana de difuntos
y el repicar de las fiestas:
suspiros, risas honestas,
risas de impura beldad:
y el concierto de los templos,
y la música acordada
del baile, en que solapada
tiende su red la maldad.

Voces de niños y ancianos
y de vestales el canto:
de fieras lides el llanto

al retumbar del cañón;
y de espadas y fusiles
el estruendo, confundido
con el son que ha producido
del trovador la canción.

Dulces plantas y zamponas
en el campo, entre las flores,
con que requirió de amores
a la zagala el zagal;
de trompetas y clarines
la fatídica armonía
al pecho infundiendo impía
de sangre la sed marcial.

De un beso puro el chasquido
y el dulcísimo concento
de suspiros que sin cuento
lleva el labio al corazón,
con los besos confundidos
de rameras degradadas,
o de esposas abrasadas
en adúltera pasión.

El dulcísimo murmullo
de los ríos y las fuentes;
de arroyuelos transparentes
el dormido susurrar,
y los tumbos atronantes
del torrente que, bramando,
va los campos asolando
y los pueblos a la par.

De mugiente catarata
los raudales despeñados
de alta cumbre, y transformados
en espumas y en vapor;
y el rugir de los volcanes
que brotando del profundo
lanzan fuego contra el mundo
con horrísono estridor.

Blanda el aura en leve giro
con arrullo armonioso
bebe el néctar aromoso
de las flores el vergel:

mientras fieros aquilones
van con hórridos bramidos
azotando encruelecidos
la ancha frente de Babel.

Los mil sonidos confusos
de esos vastos hormigueros
en que nobles y pecheros
gozan de santa igualdad:
los unos en artesones
dorados, y en muelles lechos,
cuando los otros por techos
del cielo han la majestad.

Y las voces bramadoras
de los mares irritados
en su asiento revolcados
con pavoroso mugir;
que en su anhelo furibundo
por asaltar sus riberas,
llevaban a las esferas
sus montañas de zafir.

Mas después de este concierto
que la mente percibía
con misteriosa armonía
en su mágica ilusión,
sólo escuché del incendio
el espantoso crujido
y el lamento que afligido
exhalaba el corazón.

Y en intervalos iguales
los sonidos atronantes,
monótonos, desgarrantes;
de trompeta funeral,
y entre sonido y sonido
humanas voces y llanto,
y en los aires dulce canto
de blandura angelical.

Y también roncós acentos
que en el éter revolaban,
y del hombre se mofaban,
con irónico gemir;
o reían, y era entonces

el sarcasmo tan pugnente,
que para el alma doliente
preferible era morir.

IV

Voz de la vana conciencia

«Yo con sublime ardor, ciencia divina,
en la cerúlea esfera dilatada
de fuegos tachonada,
vi las manchas del sol que la ilumina;
medí los mundos, descubrí planetas:
en su callado curso a los cometas
de crines rutilantes,
doquier seguí, que errantes,
cual reyes del espacio,
del Orbe visitaban el palacio.
Yo predije el eclipse: yo seguro
en atrevido vuelo
osé subir al cielo,
de la tierra salvando el fuerte muro.
Yo a la nube fatal de fuego henchida
la prole maldecida
de flamígeros rayos inhumanos,
y vio la tierra, ante mis pies postrada,
inerte de Jehová la diestra airada.»

«Un hora más el mundo,
y en rauda vuelo el pensador profundo;
escalando del cielo el alta cumbre,
verá de Dios la sempiterna lumbre;
contará las estrellas:
conocerá del sol las vivas fuentes:
porque marchan sin huellas
flotando con éter puro
los astros refulgentes:
quién habita sus orbes dilatados:
quién puebla los espacios que injoneados
cubre el abismo con su velo oscuro;
y el alfabeto, en fin, de la gran ciencia
con que el libro divino
escribió del SEÑOR la omnipotencia
en la tierra, en el mar, en la alta esfera,
descifrará triunfante.

Entonces, revocada
la maldición primera,
en vida sosegada
se tornará el anhelo delirante
de la débil criatura,
que de Dios será igual siendo su hechura.»

Voz de la hermosura

«La flor que en el crudo estío
se marchita y descaece,
halagada del rocío
otra vez con nuevo brío
se colora y reverdece.»

«Pero no hay resurrección
para el que tu mano fiera
hundió en la negra mansión;
que no tiene tu estación
auroras ni primaveras.»

«Detén, muerte, tus rigores:
deja que del mundo aspire
los olores:
deja, aunque después expire,
que el perfume de mis flores
él respire;
y que en uno confundidos
sus olores y mi olor,
los sentidos
en atmósfera de amor
vaguen luego embebecidos
sin dolor.»

Así dijo la hermosura
trocado en nieve el carmín;
y la muerte a la criatura,
mostrando la sepultura:
da tu aroma a mi jardín.

Voz del materialismo

«Desde el átomo al Sol, que en regia pompa
de luz formado sobre el orbe impera,

soberbio rey de la celeste esfera:
desde la piedra que jamás palpita
con vida generosa,
hasta la planta hermosa
que, sensible al placer, de amor se agita:
desde el pólipio vil que en peña dura
busca sustento y lecho,
hasta el Ser pensador que mira estrecho
el ámbito del mundo
a su anhelar profundo,
y otra vida mejor, en su locura,
y otros espacios, y otros cielos sueña:
todo el sentido a la razón lo enseña.»

«Un siglo más, y el pensamiento humano
en su vuelo esplendente,
de la materia al escondido arcano
verá claro y patente.
Sin más luz que la ciencia,
de la tierra y los cielos
descorrerá los velos;
y el orgullo del hombre, rebajado,
verá la inteligencia
surgir del barro con que fue formado.»

Voz del ateísmo

«En su ambición insana
el hombre que del lodo fue nacido
para vivir tan sólo una mañana
de nieblas circuido,
y de error y mentira
en un oscuro abismo
donde sin luz delira
de los otros esclavos y de sí mismo:
el hombre, en sus ensueños
de ventura halagüeños,
no queriendo morir, desde la huesa,
(que no vuelve su presa),
hallar pensó camino
a nueva vida de mejor destino,
de engaño aleve y de pesar exenta:
puerto libre de escollos y tormenta.»

«Y en su loco pensar olvidó, necio,

que la muerte es el precio
de nuestra corta vida trabajada,
a la tierra lanzada
sin memoria y sin huella,
como perdida estrella,
entre la noche que al nacer precede
y la más triste que al morir sucede.»

«Olvidó que del mundo
la portentosa máquina sublime,
condenada a morir, también un día
con horrible agonía
roto el seno profundo
y el eje destrozado
tendrá, cuando lanzada
a los campos del éter, sin camino,
cumpla en la Nada su fatal destino.
Entonces desprendido
de su alto asiento el luminar fulgente,
dislocará la esfera;
y de su lumbre la copiosa fuente,
cual si fuego lloviera,
en el espacio volcará perdido.»

«¿Y el Dios, dónde estará que en ese templo
de pavor y ruina,
su clemencia divina
muestra en grande y celestial ejemplo?
¿O el *Hossanna* sagrado
será de su alta gloria,
el himno funeral de la agonía
que el orbe destrozado
lance en el crudo día,
único de los tiempos sin memoria?»

«Si fue el mundo su hechura
y de su viva luz claro destello;
si de hombre, fuerte y bello,
dio al lodo la figura
en que su propia imagen retratada
miró después ufano,
del hombre satisfecho y de su mano:
¿por qué luego quisiera
volviéndole a la nada,
deshecho ver lo que potente hiciera?
O cabe en Él venganza:

o fue su previsión un mero nombre
cual la virtud del hombre:
o sujeto a mudanza
vaga incierta su mente en las tinieblas,
como entre espesas nieblas
la fosfórica luz que se desprende
de las tumbas infectas:
o acuso de imperfectas
sus obras portentosas
que del capricho en alas vagarosas
hoy eleva su diestra,
y entre el polvo mañana nos la muestra.»

«¡Alma filosofía! a ti sea dada
la empresa generosa
de abrir al hombre la mansión oscura
de la ciencia y del bien, que en vaporosa
atmósfera de errores infestada,
cierra a los hombres su sin par locura.
Viva dichoso el mundo a la vislumbre
de tu sacra aureola refulgente;
y el trono que el mortal puso demente
de aéreo cielo en la empinada cumbre,
derrocado por ti se humille y caiga,
y el de pura verdad tu luz nos traiga.

Coro de demonios

«¡Sigue raudo así, triunfante,
las entrañas abrasadas
y tus gentes calcinadas,
luminar de maldición,
yo me lanzo en tu carrera
a recoger tus gemidos,
de tus miembros encendidos
al funesto resplandor!»

«Quiero ver cómo se agitan
en tu hoguera las criaturas;
quiero al hombre y sus hechuras
en tu gran conflicto ver.
Y ese orgullo que insensato
del Eterno blasfemara
si entereza conservara
en las ruinas de Babel.»

Cómo el miedo se retrata,
quiero ver en tu semblante
¡hombre!, y tu pecho anhelante
al escape palpitar.
¡Sigue, mundo, sigue ardiendo,
que al crujir de tus torreones
quiero oír tus maldiciones,
y tus dientes rechinar!

«Si otros mundos, esplendente
miran tu ígnea vestidura,
dirán, mundo, que en la altura
a festín célico vas.
Corre, vuela, presuroso,
que al final de tu carrera
con su fiesta ya te espera
la tremenda eternidad.»

Voz del escepticismo

«¡Oh Dios que en toda lengua, en todo clima,
con nombres varios y diverso culto,
incomprensible y santo,
de misterioso encanto
rodeado al par que de inefable lumbre,
el hombre adora; y en la excelsa cumbre,
y de este valle en la profunda sima,
doquier estás presente
al que humilla su frente
ante tu faz velada,
y para el alma de impiedad cercada
severo en la tiniebla estás oculto!
¡Oh Dios! en sed ardiendo
de mejor vida que a tu ser me uniese
por siempre en lo futuro
luego que el peso duro
de este cuerpo mortal se disolviese,
doquier vagué pidiendo
tu voz al negro abismo,
y a las pujantes olas, y a la tierra,
y a los remotos cielos sin guarismo;
y a cuanto el mundo encierra
en el profundo seno y superficie;
y al blando sueño en su feliz molicie;

y a la razón, cuando despierto sueña
virtud el hombre y venturosos años,
mientras, el mundo, sin piedad engaños,
vicios y crimen retozando enseña.»

«Doquier ¡oh Dios! te veía
la mente absorta al contemplar tus obras,
y entre duda y zozobras
deseaba creer, y no creía;
que el corazón empedernido y ciego,
calcinado en el fuego
de hondas pasiones, y de ciencia vana,
perdido el jugo de la edad lozana,
perdió el amor con él, perdió la vida;
y la fe que atesora
el noble pecho en quien lució tu aurora,
tan sólo a amar con su virtud convida.»

«¡Oh Dios! a mí te muestra:
si no quieres piadoso
en diamantino trono esplendoroso,
de inefables aromas entre nubes,
de ángeles circuido y de querubes:
con encendidos rayos en la diestra.»

«Cese la duda cruel que en inhumano
tormento causa al corazón desvelos,
aunque después tu mano
airada contra mí lance los cielos.»

Voz del arrepentimiento

¡Oh tú de cuya luz la luz es sombra!
Ojo que con virtud que nos asombra
ves clara la mancilla,
y aun en el cieno de maldad que impura
lleva de muerte la señal segura
distingues de virtud noble semilla:
¡Señor! pues que miraste
cuán frágil de mi suerte el hilo caro
al golpe fue del padecer sañudo,
sirva a mi crimen tu piedad de escudo;
y el ya sufrido mal, Señor, te baste,
y torne el pecho en tu presencia claro.»

Voz del fatalismo

«¿De qué sirven los lamentos,
y los ayes, y el llorar,
si el Destino los momentos
ha contado, y tus acentos
son en vano y tu pesar?»

«A sus ojos valen tanto
tus glorias y tu alegría
como tu mal y tu llanto:
de la virtud el encanto
como tu maldad impía.»

«¡Hombre! tu ley es morir
y el Dios del orbe es el hado;
pues aún antes de vivir,
al tormento de sufrir
fue tu ser predestinado.»

«Rey vencido, en los combates
de la vida, tu diadema
del dolor a los embates
es cual fuego de un Orates:
menos alumbra que quema.»

«Dichoso sí en la ancha frente,
para calmar tu dolor,
la bella por ti demente
virtió con mano clemente
la dulce gota de amor.»

«Qué clamor es en la vida
el ministro del Destino:
mago que al placer convida,
o hace la muerte querida:
astro infernal o divino.»

Voz de un esclavo

«Esclavo del hombre su dura cadena
entera una vida paciente sufrí:
justicia en la tierra no obtuvo mi pena:
justicia tan solo se obtiene al morir.»

Voces de africanos

a) *Primera voz*

Como mágica figura
el mundo ante mí pasó:
él pasaba y se reía,
¿porque con él no iba yo?

Él de sus galas vestido:
él palpitante de amor;
y con iras en el pecho,
y sucios harapos yo.

Fue su vida regalada
un magnífico festín.
Yo ni a sus restos tocaba;
sólo oía su reír.

Como esclavo mi cadena
por los suelos arrastré.
Cuando libre de sus hierros
las señales conservé.

Y fue eterna mi deshonra,
y fue eterno mi dolor,
que Dios mismo, de tinieblas
con un sello me marcó.

b) *Segunda voz*

De las playas, ¡ay!, queridas
en que mi cuna arrulló
a la sombra de palmeras
el rugido del león.

Y entre sierpes y panteras
libre anduve y vencedor,
pisando tostada arena,
mirando de frente al Sol.

Arrancáronme tiranos

hombres de nieve y carmín,
que en el rostro ángeles eran,
sierpes en el pecho vil.

Y dijeron: *Rey salvaje,*
tu corona perderás,
y de esclavo al hombre culto
degradado servirás.

Y tu origen será un crimen,
una afrenta tu color;
y nosotros reiremos
cuando brames de dolor.

Y arrancado al patrio suelo
su memoria retendrás,
y con ella a todas partes
el infierno llevarás.

Voz de la esclava africana

Y tu empero si perdiste
dulce y noble libertad,
no lloraste, madre triste
como yo, lo que tuviste,
«de la entraña una mitad».

Hombre al fin, el duro pecho
para el odio te bastó.
Yo mojé de llanto el lecho,
y para mi alma fue estrecho
de odio solo el torcedor.

¡Yo envidiaba! Yo envidiaba
de otras madres los cariños,
y en mi mente desgarraba
a las madres y a sus niños
y en su sangre me bañaba.

Voz del eunuco

Insensatos, nunca visteis
de un serrallo el esplendor,
ni de Tántalo el martirio

excitó vuestro furor.

Nunca visteis la belleza
tan de cerca, tan desnuda;
ni la lengua, siempre muda,
ocultó vuestra tristeza.

En tan terrible atavío
nunca visteis la mujer
dominando el albedrío
y la sangre haciendo arder.

Ni en lascivas posiciones
muchas juntas retozar,
ensayando las maneras
de a sus dueños agradar.

Ni supisteis que esos juegos
que delirios parecían,
a vuestros ojos se hacían
porque no erais hombre, no.
Ni de una mujer la risa

que excitó vuestra impotencia,
os condujo a la demencia
y renegasteis de Dios.

Ni a los hombres despreciando
vuestra humilde condición,
visteis luego que sin ojos,
os creyeran mi razón.

Ni confiado a vuestra guarda
afrentosa su tesoro,
mojasteis con triste lloro
las alfombras del harem.

Ni avarientos sin riquezas
y guardosos del bien de otro,
fue vuestra existencia un potro
y vuestro infierno su Edén.

Coro de demonios

¡Delicia es ser libre! ¡Delicia es ser hombre!

Igual al de padre, ¿qué orgullo será?
Igual al de madre, ¿qué orgullo, qué nombre?
¡Esclavos! ¡Eunucos!, a Dios alabad.

Él solo ha sabido,
partiendo su herencia
con regia equidad,
mostraros la ciencia
y el bien prometido
de santa igualdad.

Coro de esclavos y de eunucos

De la vida a los banquetes
otros fueron los llamados;
y nosotros cual juguetes,
a sus burlas condenados.

Leve arena regada en las calles
como alfombra tendida a sus pies;
sucio estiércol que abona los valles;
vaso inmundo de barro soez.

Coro de demonios

De Dios empero criaturas
como los otros nacisteis:
¿por qué, sin crimen, tuvisteis
herencia tal de amarguras.

Coro de ángeles

Ninguno del sufrimiento
se vio exento:
todos ellos, ¡ay!, lloraron
vida y muerte;
mas si el cuerpo esclavizaron,
otra suerte,
al alma libre en su vuelo
diera el cielo.

Voz del mendigo

Regado fue con mi llanto
el pan que a veces me dieron:
pan de oprobio, escaso tanto,
que mis hijos perecieron
por él clamando transidos,
con gemidos
que mi pecho
maceraban
y del rico no llegaban
al artesonado techo.

Un mendrugo que el esclavo
con desprecio rechazara,
de la muerte los salvara,
y a su boca no llegó.
Mas en cambio, de los nobles
a caballos y jauría
no faltó cubierta un día
y el alimento sobró.

Yo a cabañas y palacios,
sólo armado de tu nombre
reclamé, Señor, del hombre
una fácil caridad.
Y el que en hartura vivía
me concedió algunas veces
una parte de las heces
movido de vanidad.

Y también en ocasiones,
en tu nombre soberano
me expelió con dura mano
y esas heces me negó:
que el placer era primero,
y estaba sola conmigo,
sin más que Tú por testigo,
que eres padre de los dos.

Coro de demonios

La gloria, mendigos, del mundo ensalcemos,
sus galas, sus pompas, sus armas, sus reyes.
¡Cuán grandes sus artes! ¡Cuán justas sus leyes!
De Dios, ¡oh mendigo!, la hechura cantemos.

Un demonio

¡Hombre sublime!, tu espaciosa frente
do plugo al Hacedor la diva llama
de inextinguible luz grabar potente,
eleva al cielo que en ardor te inflama.
¿Por qué la inclinas con mirar doliente?
¿No existe el orbe que por rey te aclama?
¡Imagen del Eterno! Tu destino
lo lleva el mundo en su fatal camino.

Coro de demonios

Mendigos, cantad,
que el mundo insonoro
fuera sin el lloro
que implora piedad.

También de los siglos audaz navegante
cansada la tierra se acoge ya al puerto:
¿Fue corto su viaje? ¿Fue largo? ¿Fue cierto?
¿Qué suerte a la nave reserva el Tonante?

Coro de ángeles

¡Feliz el que llora!
¡Feliz el que espera!
Su llanto atesora
riqueza postrera:
es llanto de aurora
vertido en pradera.

Coro del pueblo

Tú hiciste, Señor, que el lloro
de nuestros ojos vertido,
por milagro convertido
fuese para el rico en oro.

Voz de un demonio

¿Y qué importan tu rabia y duros males,
si en regia tinta los dorados mantos
tus sudores sangrientos a raudales
tiñeron, y tus llantos?

¿Cúya la mano fue que al polvo diera
de dioses la figura,
y a su mísera hechura
de imaginarios dones revistiera?

¿Cúya la mano que al tocar se pasma
sus propias obras luego,
y eleva triste ruego
de su locura al terrenal fantasma?

Sufre, cuitado en tu dolor paciente,
que al cielo elevas la plegaria en vano:
el hado contra ti rige tirano,
y el brazo de tu Dios es impotente.

Y el coro de demonios repetía,
remedando la angélica armonía:
¡Feliz el que llora!
¡Feliz el que espera!
Su llanto atesora
riqueza postrera:
es llanto de aurora
vertido en pradera.

Así de pobres la falange inmensa
que en medio al fausto vegetó perdida,
al cielo levantaba queja intensa
del odioso afanar que fue su vida.
Y ser llegada en su amargura piensa
del alto premio la ocasión debida;
y de Sodoma la poluta gente
alegre deja sin volver la frente.

Yo a quien de llanto y pesadumbre, y queja,
nutrió en buena hora de su madre el seno,
y acíbar sólo, maldecida abeja,
libé del mundo en el pensil ameno:
yo que la tierra cual villana reja
rompí continuo en el sembrado ajeno,
y a ajeno carro con desdoro uncido

mostré mis hierros como rey vencido.

El pensamiento enderezando al cielo
con impía duda al Hacedor decía:
«De cuantos seres tu poder el suelo
pobló, Señor, en venturoso día,
del dulce hermano con salvaje anhelo
ninguno sangre en su furor bebía:
tan sólo el hombre racional, al hombre
la vida quita y desfigura el nombre.

Y el don mejor de tu bondad suprema:
la libertad que a la familia humana
ceñir debió como triunfal diadema
la pensadora frente soberana;
la libertad, que de ti mismo emblema
triunfar debió de la maldad tirana,
hubo tan pobre y tan escasa suerte
que su victoria se alcanzó en la muerte.»

Empero apenas la blasfemia impía
rasgó bramando la región del viento,
de blanca nube que hacia mí venía
llegó a mi oído un inefable acento:
del siempre vivo amor al alma mía,
fatal recuerdo conmovió al momento;
y al recuerdo querido la memoria,
de lo pasado renovó la historia.

Era tan vago, y fugitivo, y breve
aquel acento que el espacio hendía,
que no sonido, sino espíritu leve
de humana voz que llora parecía;
y de improviso cual puñal aleve
el corazón con su metal partía.
Amor, remordimiento, cruda pena:
todo en un punto a padecer condena.

La voz misteriosa

¿Visteis jamás del sol la viva lumbre
dorar constante la sublime esfera,
y del cenit suspenso la inexhausta hoguera?

Siempre en la tarde con desmayo triste

llega al ocaso en funeraria pompa:
vencido atleta de la lid desiste,
rota del triunfo la encantada trompa.

Así es la dicha que en mortal desvelo
codicia el hombre y por lograr se afana;
lumbre pura tan sólo en la mañana;
cuanto más grande más cercana el sueño.

Mas debajo al horizonte
hay para el sol otra vida
en que su luz bendecida
a otro mundo da calor.
Así el alma de los justos,
la del pobre, la del triste,
en la muerte se reviste
de los fuegos del Señor.

Y esos fuegos son el día
de perpetua claridad,
sin tinieblas que sombría
robe a Dios su majestad.

Allí la vida sin luto:
la ilusión es realidad,
y desear es ser dueño
de mayor felicidad.

Allí la vida es sin luto:
es amor
sin dolor,
sin desengaños por fruto.

¿El bien que te diera el mundo
por ventura fue un placer?
De tu pecho en lo profundo
gozar no fue padecer
los fantásticos ardores
de otros placeres mayores?

Y el dolor que deploraste,
bien mirado, ¿fue un dolor?
Mayor siempre un mal miraste
de tu hermano en derredor,
y el placer en lontananza
te mostraba la esperanza.

Así dijo y calló:
todo a mi vista desapareció.

.....

VI (y último)

Aquel dichoso a quien jamás embiste
de ambición o de amor el fuego ardiente,
o que con duro corazón resiste
de la traidora Musa al aliciente:
ese tan sólo de ventura viste
dulces colores sobre la alta frente:
ese tan solo en envidiable calma
libre de duelos manifiesta el alma.

Del guerrero clarín la voz sonora
que en ardimiento el corazón inflama.
La sed de amor que en las entrañas mora,
de honor y prez la generosa llama,
y esa diadema de ambición que adora
postrado el mundo y reverente aclama,
para él son humo en que el dolor se encierra
y el hombre incauto entre sus brazos cierra.

Las mil visiones que la mente evoca
como en su selva prestigiosa Armida,
y en juegos mil y en algazara loca
forman el sueño en que se va la vida;
dorada red que la ilusión coloca
de aérea lumbre mágica tejida,
entre el fogoso corazón que anhela
y la esperanza que en los aires vuela.

Delirios son de que se mira exento
el diamantino corazón constante,
que de austera razón sigue contento
la celestial lumbrera rutilante;
y al mal resiste y grave sentimiento
en lucha fiera y sin cesar triunfante,
como de airadas olas combatido
resiste enhiesto el farallón temido.

Y si este no feliz quien en su pecho

la fe conserva generosa y pura,
que en dorado artesón y en pobre lecho
igual reparte su celeste cura:
fe venturosa a la que viene estrecho
de lágrimas el valle triste, oscura
fe que Jacob representada un día
viera entre el cielo y la mansión umbría.

Que si la vida es sueño, blandamente
adormida en la fe, con vago vuelo
transita el alma, de su patria ausente,
acá en la tierra, y se remonta al cielo;
y al despertarse, con absorta mente
rompido mira el tenebroso velo
detrás del cual la eternidad se esconde,
que habla a los muertos y a su voz responde.

Ellos tan sólo cuando el mundo ardiendo
cual luminaria funeral corría
no más pudieran, en valor creciendo,
mirar serenos su postrero día;
y con el alma a la región subiendo
donde segura la virtud los guía,
cantar alegres, en Sublime coro
libres del suelo y su perenne lloro.

¡Oh cuán distintos los que dando al mundo
la vida, el alma, el pensamiento mismo,
buscaron gloria entre su cieno inmundo
y hallaron muerte en su espantoso abismo.

Estos del mundo en la espaciosa arena
cual indomados potros se lanzaron,
y antes del hora que el destino suena
vejez o muerte con infamia hallaron.

Una tras otra en la veloz carrera
hojas y flores de la dulce vida
cayeron tristes y en su edad primera,
el cáliz roto y la color perdida.

A par del cuerpo el alma sin aroma
pálida luz en su prisión refleja,
como la luz que en la tiniebla asoma
y más oscura la tiniebla deja.

De la humana razón la luz divina,
destello hermoso de la excelsa mente
profanada en su templo no ilumina
el ara rota con raudal fulgente.

El inspirado ingenio en su ala de oro
ya no refleja misteriosos mundos,
y en sangre y lodo envueltos infecundos
son los acentos del celeste coro.

El refulgente sol que sin ocaso
la dulce aurora de la vida alumbra
y de la muerte en el tremendo caso
entre la llama del blandón relumbra.

La que en su alma piedad nos diera el cielo,
fe de mística luz por nuestro guía,
para que el hombre en sempiterno día
hasta su cumbre remontase el vuelo.

Con el ingenio y la razón parece
del que escuchando el mundanal murmullo,
no vio jamás cual la virtud se mece
blanda en el pecho con divino arrullo.

Así apagados con su propio aliento
los tres fanales que el amor divino
puso del hombre en el fatal camino
porque anduviese de temor exento.

Tarde llorando su ominosa suerte
como nave perdida, sin estrella,
en ignoto confín hallaron muerte
sin lágrimas de amigos y sin huella.

Yo les vi, yo les vi cuando su vida
amenazada se miró y en duelo,
un rayo solo de la luz perdida
buscar doquiera en congojoso anhelo.

Y hallar el pecho oscuro, y ciega el alma,
y maldecir el maternal cariño
que no hizo de la cuna al dulce niño
lecho de muerte y de perpetua calma.

FIN